

"...sin dejar piedra sobre piedra": IMÁGENES DE LA REVOLUCIÓN HAITIANA EN PUERTO RICO A COMIENZO DEL SIGLO XIX

Carlos D. Altagracia Espada
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

"El amo se acercó a la casa, pasando junto al cadáver hinchado del contador. Una horrible pestilencia venía de las perreras quemadas: ahí los negros habían saldado una vieja cuenta pendiente, untando las puertas de breya para que no quedará animal vivo. Monsieur Lenormand de Mecí entró en su habitación. Mademoiselle Floridor yacía, despatarrada, sobre la alfombra, con una hoz encajada en el vientre. Su mano muerta agarraba todavía una pata de la cama con gesto cruelmente evocador del que hacía la damisela dormida de un grabado licencioso que, con el título **El Sueño**, adornaba la alcoba. Monsieur Lenormand de Mecí, quebrantado en sollozos, se desplomó a su lado. Luego agarró un rosario y rezó todas las oraciones que sabía, sin olvidar la que le habían enseñado, de niño, para la cura de los sabañones. Y así pasó varios días, aterrorizado, sin atreverse a salir de la casa entregada, abierta de puertas a su propia ruina..."

Alejo Carpentier, **El reino de este mundo**

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX la economía de Puerto Rico, especialmente la producción azucarera, "sufre un cambio radical".¹ La cantidad de esclavos aumentó drásticamente en esos años debido a la combinación de varios factores: primero, se abolió parcialmente el monopolio mercantil español; segundo, se creó la Compañía Guipuzcoana; tercero, el tráfico de negros desde Africa se liberalizó; cuarto, la demanda de azúcar puertorriqueña en Estados Unidos aumentó desde la guerra de Independencia; y quinto, la total destrucción de la industria azucarera en la colonia más rica de América, Saint-Domingue.² En este trabajo me interesa estudiar las imágenes de la revolución haitiana en Puerto Rico durante los primeros años del siglo XIX. Parto de la premisa de que a partir

¹ Guillermo Baralt, **Esclavos rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)**. Ediciones Huracán, 3ra edición, Río Piedras, 1989, p. 15.

² **Ibid.**

de una representación particular de la revolución y de la identidad de quienes fueron sus actores principales, los esclavos negros, las autoridades coloniales construyeron y enfrentaron, su vez, sus miedos y deseos ante la posibilidad de hacer de Puerto Rico una colonia productiva para el mercado internacional, pero trabajada por esclavos. Me interesa rastrear algunos de los miedos que condicionaron las relaciones raciales, económicas y políticas del Puerto Rico de principios del siglo XIX.

Como resultado de la revolución de los esclavos y los sangrientos enfrentamientos que se desataron, fueron destruidas la mayoría de las plantaciones de caña y café en Saint Domingue. El colapso de la industria haitiana de ambos productos no se hizo esperar.³ Regiones enteras se arruinaron debido a los combates de esta "roja" revolución. El 13 de septiembre de 1791 la Asamblea General de la parte francesa de Santo Domingo le comunicó al Rey que "la revolución de sus esclavos va a sepultar en el olvido, tal vez para siempre, esta preciosa parte del Imperio; ya al presente la Provincia del Norte no es más que un montón de cenizas."⁴ Agregó que otras regiones de la colonia correrían la misma suerte, donde la sangre de los colonos "riega esta tierra que una vez su sudor hizo fértil." Cien mil negros esclavos se habían levantado en la región norte, destruyendo y quemando "más de doscientas haciendas de azúcar"; un número de cafetales también fueron "materia del furor de las llamas".⁵ Las que quedaban esperaban la llegada de las manos incendiarias.

El tono del documento es trágico y desesperante. Lo que se pretendió comunicar fue que la sangre corría por los cañaverales y cafetales del Guarico; que el terror asolaba por doquier y que no discriminaba; que todos podían ser presa de la oleada de violencia; que los

³ Foner, **Historia de Cuba y sus relaciones y sus relaciones con los Estados Unidos**. T. I. p. 66.

⁴ José Luciano Franco, **La batalla por el dominio del Caribe y México. T.III: Historia de la Revolución de Haití**. Instituto de Historia, Academia de Ciencias, La Habana, 1966, p. 212.

⁵ **Ibid.**

dueños de las haciendas eran "despedazados, y si alguna triste mujer se encuentra descarriada, su cautiverio es un estado peor que el de la muerte. Ya los negros han ganado la montaña, el hierro y el fuego está con ellos".⁶ Parece que para los que escribieron el comunicado, la suerte estaba echada. Se trataba de la llegada del apocalipsis, encabezado no por la bestia bíblica, sino por cientos de miles de "bestias", las que por años habían vivido entre ellos. El fin estaba consumado, sólo restaba que los viejos, mujeres y niños abandonaran sus hogares y, huyendo del sacrificio, se dirigieran a las "embarcaciones, el único lugar que les queda para salvar la vida".⁷

El conflicto que se desató y se radicalizó en Saint Domingue al romper la última década del siglo XVIII fue de carácter político y económico, pero, sobre todo, racial. Aquella sociedad colonial cimentó su amplia riqueza en la producción agrícola a gran escala y en la mano de obra de esclavos negros, dividida en estratos racial y económicamente marcados.⁸ No es casualidad que en Haití el miedo y la severidad hayan ido de la mano. El miedo tuvo en la sociedad colonial haitiana una doble dimensión: primero, infundido a los esclavos, por medio del terror, como uno de los vehículos que asegurarán su subyugación; y, segundo, porque era sentido por los subyugadores. Al sentirse amenazados por los esclavos, los amos articularon mecanismos para garantizar su seguridad. El miedo desató otros miedos entre quienes infundían el primero. Una sociedad esclavista puede ser descrita como una sociedad donde opera una combinación de aprehensiones,

⁶ **Ibid.**

⁷ **Ibid.**

⁸ Sobre el tema de la revolución haitiana véase el clásico de C.L.R. James, **The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution**. Vintage Books, New York, 1989. Además, David Geggus, **Slavery, War and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798**. Oxford, 1984; Thomas Ott, **The Haitian Revolution 1789-1804**. Knoxville, 1973; Mats Lundahl, "Toussaint L'Ouverture and the War Economy of Saint Domingue, 1796-1802", en Hilary Beckles and Verene Shepherd, Eds., **Caribbean Freedom: Economy and Society from Emancipation to Present**. Ian Randle Publishers, Kingston, Jamaica, 1993, pp. 2-11

debido al macabro juego de asunciones y respuestas al que se ven arrastradas las personas aterrorizadas.

Las repercusiones de la revolución que creó la segunda república en América (y la primera donde se abolió la esclavitud por medio de la fuerza), se extendieron por toda la región caribeña. Son dos imágenes las que me interesa destacar. La primera va dirigida a auscultar el temor que provocaron los acontecimientos en Saint Domingue y la posibilidad de que se repitieran en otros lugares. Segundo, la posibilidad de que otros países intentaran insertarse en los circuitos del mercado mundial del azúcar tras la pérdida de la colonia americana de mayor producción. La revolución haitiana provocó que se organizaran a su alrededor diferentes imaginarios, puestos en circulación por los contemporáneos a los sucesos. Los mismos arrojaron, al menos, dos posibilidades para con el sistema esclavista: una tajantemente antiesclavista (aunque podían ser antiesclavistas por ser anti-negros) y otra favorable a la reactivación de la trata negrera, cuidando que la cantidad de esclavos negros no excediera el número de blancos. Es claro que ambas posibilidades estuvieron condicionadas por los sucesos de Saint Domingue y por el clima de temor y suspicacia que éstos provocaron.

En Puerto Rico, una de las primeras influencias de aquellos acontecimientos la encontramos en el partido de Aguadilla, el 15 de noviembre de 1795. Los esclavos de este lugar, probablemente motivados por el carácter triunfante de la Revolución de Haití, intentaron una sublevación que fue sofocada por las autoridades.⁹ Baralt ha señalado que no empece a que fue un intento fallido, este plan de insurrección provocó un estado de temor y

⁹ Baralt, **Esclavos rebeldes**, p. 17. Véase además, Arturo Morales Carrión, "La revolución haitiana y el movimiento antiesclavista en Puerto Rico", en Blanca Silvestrini, ed., **Politics, Society and Culture in the Caribbean: Selected Papers of the XIV Conference of Caribbean Historians**, Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1983, pp.

alerta dentro de los recintos que albergaban las sedes del gobierno colonial en la Isla. El temor quedó reafirmado cuando en 1805 fue descubierto un agente haitiano que vino a sembrar el desafecto entre los esclavos, y que confesó, luego de ser sometido a suplicio, que el plan era sublevar a los esclavos de todas las colonias del Caribe. Por supuesto, el plan contaría con el apoyo incondicional de Gobierno haitiano.

Entonces abundaron avisos y rumores sobre la posibilidad de que se destacaran personas subversivas en Puerto Rico para provocar una rebelión de esclavos.¹⁰ Haití fue visto como el lugar desde donde emanaba la contaminación. De la mano de los rumores que corrieron de lugar a lugar, dando paso a su hiperbolización y, por consiguiente, a la imprecisión de lo que intentaban comunicar,¹¹ fue el pánico que implicó el cambio de sentido de lo que hasta el momento inicial de la revolución había significado Saint Domingue. La idea de que desde allí llegarían todos los males fue echando raíces en la imaginación de los que gobernaban. El miedo a los negros y a su "sangrienta revolución", que hizo pobre a la rica colonia, fue consistente a partir del comienzo del siglo XIX.

El espectro de Haití rondó las memorias de los que en Puerto Rico entendieron que debían estar alertas ante la "inevitabilidad" (para ellos) de que se repitieran los sucesos revolucionarios. Por ejemplo, la Real Orden del 13 de noviembre de 1807 instruyó al gobernador Toribio Montes a detener a cuanto hombre negro llegase desde Santo Domingo. Fue en el marco de ese ansioso y suspicaz clima que el Alcalde de San Juan, don Pedro Yrizarri, rindió su informe al Ayuntamiento de la Capital, con motivo de las órdenes que se le debían entregar al diputado ante la Junta Central gubernativa durante el período de la lucha contra Napoleón en España. Lo que me interesa destacar de este Informe es la visión

¹⁰ Baralt cita dos avisos: uno del 13 de noviembre de 1807 y otro de 1810. Ambos ponían a las autoridades sobreaviso de posibles planes haitianos para incursionar en los colonias vecinas. **Esclavos rebeldes**, cap. I.

¹¹ Bhabha, **The Location of Culture**. Routledge, London y New York, 1994, pp. 198-211.

de Yrizarri de la esclavitud y los negros, y cómo fue matizada por los no tan distantes acontecimientos del Guarico francés.

En su informe el alcalde realiza una ponderación en cuanto a la riqueza que producen los esclavos frente al terrible peligro que representan. ¿Qué mejor ejemplo de ello que Haití? Según Yrizarri, la idea de que los negros eran los mejor capacitados para enfrentar el clima tropical y las fatigas de la agricultura, implicó que aumentara su importación a la colonia francesa. Los esclavos hicieron de Saint Domingue una colonia floreciente en pocos años. Comenta el alcalde que "los hacendados tenían unas habitaciones tan pingües, que después de rendirle muchos millones al Rey Cristianísimo, quedaban poderosos".¹² Pero la rica y ostentosa colonia "fue destruida y arruinada por los mismos que la habían hermoseedo a la agricultura... los mulatos y negros esclavos levantados en masa y resistiendo a toda legítima autoridad, hicieron en sus amos y magistrados la más sangrienta y horrorosa matanza sin dejar piedra sobre piedra".¹³

La imagen que reconstruye Yrizarri de los acontecimientos queda resumida en una oración, donde se destaca lo que mayor miedo infundió, la violencia contra los blancos y la ruina económica de la colonia. Para el alcalde, la legitimidad de la autoridad colonial sobre los esclavos había sido cuestionada, retada. Que los esclavos de las otras colonias imitarían a los de Haití se tomó como algo seguro. Lo peor de los acontecimientos de Haití fue el ejemplo de una revolución de esclavos contra los amos y contra el sistema esclavista, que a fuerza de mucha violencia y "poca compasión", triunfó. El triunfo y cómo se obtuvo fue en realidad lo que atemorizó. Dotó de posibilidades reales de victoria a los esclavos, que

¹² Rafael W. Ramírez, "Instrucciones al Diputado don Ramón Power y Giralt", **Boletín de la Universidad de Puerto Rico**, serie VII, núm. 2., diciembre de 1936, p. 14

¹³ **Ibid**, p. 15.

dejarían de serlo y se daba inicio al proceso de constituirse o constituirlos como sujetos partícipes de la sociedad.

Lo que reordenó el panorama fue el carácter triunfante de aquella revolución, que según Yrizarri, "a todo dio un golpe mortal en un momento el desorden de una revolución atrevida y bien trazada".¹⁴ Para el alcalde el desorden se institucionalizó. Pero lo aparentemente contradictorio es que ese desorden, que rápidamente acabó con todo, estuvo bien "trazado", bien organizado, fue planificado. Aquí se entrelaza una idea de la relación de orden y desorden muy particular, el entronamiento de lo que se entendió como desorden dependió del orden y lo acertado de las acciones (de los esclavos). En el argumento de Yrizarri se invierte la manera de cómo se hace uso de la correlación de orden y desorden. Conspiraciones delatadas, intentos de sublevación, esclavos que se escapaban al cimarronaje y la simple desobediencia, traducían ese desorden, aunque fuera tomado como futuro, en orden. Así se tomaban medidas, las que se entendieran necesarias, para asegurar el orden amenazado. En ese sentido, las posibilidades de desorden y el miedo que éstas infundían afianzaban las ideas de orden y legitimaban las acciones adoptadas para asegurarlas; las posibilidades de desorden ayudaron a resguardar un pretendido orden. En cambio, la lectura que hace Yrizarri de los acontecimientos de Haití invierte la correlación. Esta vez no será el desorden el que ayude a cimentar una idea de orden, será todo lo contrario. El orden y la planificación meditada constituyeron la clave del éxito de los esclavos sublevados. Fue de ese orden inicial del que resultó el desorden posterior, al que tanto miedo le tenía Yrizarri.

En la expresión de Yrizarri, parecería haber un reconocimiento implícito al mérito de los esclavos por lo bien planificada y lo "atrevida" que fue su acción y por su valentía al sublevarse y triunfar. Al parecer, los esclavos actuaron como los más experimentados

¹⁴ **Ibid**, p. 14.

estrategas, se les reconoce cierta "blancura" en esta acción, militarmente se habían comportado como tal. Esto implicaba que como tal había que tratarlos. De esta manera, quedaban abolidos los lazos que pudieran existir, los esclavos ya no estaban unidos a los blancos, no eran ni propiedad ni tampoco su familia. En este caso los blancos se distanciaban de un enemigo que se constituía de igual a igual, no en derecho y por el lugar que debía ocupar en la sociedad, más sí "se creó un oponente"¹⁵ donde mirarse y establecerse militarmente como la diferencia triunfante. Como señala Carlos Gil: "ello hace al vencido responsable de su propia derrota".¹⁶ No obstante, en este caso los que crean a un oponente donde mirarse, Irizarri y su cohorte, no se proponen como los futuros triunfadores. Más bien, asumen la certeza de que serán derrotados.

Para Yrizarri los(as) negros(as) eran hombres y mujeres intrínsecamente malos(as), personas primitivas e inferiores, ávidas del desorden que se instituyó tras la revolución y satisfechas con el estado de anarquía reinante desde entonces. Para él, aquellos quedaron "sin Dios, sin Ley y sin conciencia". Es a esa supuesta falta de orden a la que le teme el alcalde: a la concreción de otra autoridad legitimada por el fuego y el hierro de los machetes empuñados. A que se desvanezca, de forma abrupta y violenta, la noción de orden que lo privilegiaba. ¿Pero de qué orden hablaba Yrizarri sino era del que se configuraba y daba forma al mundo esclavista en el que se desarrolló?

Para hacer de Puerto Rico una colonia floreciente había que importar esclavos, igual que se hizo en el Guarico.¹⁷ Pero este funcionario fue testigo de cómo el modelo económico

¹⁵ Véase Carlos Gil, "Salcedo y la metáfora del agua", en: **El orden del tiempo: ensayos sobre el robo del presente en la utopía puertorriqueña**. Editorial Posdata, San Juan, 1994.

¹⁶ **Ibid.**

¹⁷ Manuel Moreno Fragnals señala que para producir azúcar se requería un gran volumen de mano de obra esclava. "En otras palabras, el desarrollo azucarero dependía del comercio de negros. Si las colonias carecen de negros no pueden producir azúcar; y a medida que más negros reciban, y más baratos, más azúcar producirán y a más bajo precio". **El ingenio**, T. I, pp. 18 y 63.

que debía seguirse, el paradigma que debía imitarse, se resquebrajó en pocos años. Más aún, sufrió la amenaza, para él real, de que aquellos "nefastos" sucesos fueran imitados por los negros esclavos de esta Isla, y, respaldados por los de Haití, convirtieran a Puerto Rico en otra colonia sin ley. En la argumentación de Yrizarri hay unos signos de inevitabilidad debido a que era imposible confiar en los negros, ya que tarde o temprano se levantarían. A fin de cuentas los negros carecían de tres de los signos claves de la modernidad: *Dios*, que produce la *ley* y ésta que a la vez posibilita la creación de un *orden*. Esta noción se desprende de la manera en que concibe el carácter y la "naturaleza" de los negros. El alcalde señaló que:

"unos hombres nacidos en la barbarie, criados brutalmente entre las tierras a su libertad, inhumanos por naturaleza, sin religión y sin moral, sin educación y sin política, el rigor podrá domesticarlos exteriormente; pero nunca dejarán de ser interiormente malos ciudadanos, infelices y traidores, enemigos invisibles domésticos de sus amos, de la Patria y del Estado, astutos, vigilantes y resueltos a cometer las infamias más negras, los crímenes más horribles y las alevosías más escandalosas; por característica de su baja cuna; sin detenerse jamás en los medios, como logren el fin..."¹⁸

¿Cómo no aterrorizarse ante la posibilidad de una rebelión de esclavos, si se construye y se cuenta con una idea del "otro" tan escalofriante, categórica en afirmar la inferioridad humana y social de los esclavos negros? Pero categórica, también, en afirmar sus posibilidades de triunfo.

Aquella legitimidad violada, de la que hablaba Yrizarri, que validaba el sometimiento de los esclavos, estaba sustentada en esta idea del otro. Un carácter asimétrico y espacial caracterizó la misma. Los esclavos provenían y ostentaban todas las características de la "bajura" y del "afuera". Eran bárbaros brutalmente criados, libres y por consecuencia sin los dotes de lo que era ser civilizado. Eran el símbolo de la anticivilización,

¹⁸ Ramírez, "Instrucciones al Diputado", p. 15.

ejemplificado por la falta de religión, moral, educación y política. En ningún momento se habla en este pasaje de cómo se concibe a los que no son esclavos, aunque no es difícil inferirlo porque el juego discursivo es maniqueo y lo que busca es señalar la antípoda de lo que se "es". En la medida en que se conoce el polo negativizado por el que habla, se puede llegar a entender cómo es concebido el otro, en este caso el "nosotros", si nos localizamos en la perspectiva del que escribe, o sea Yrizarri. De esta forma los que no son esclavos y eran iguales a Yrizarri miraban a los "otros" desde la altura, desde una civilización simbolizada precisamente por lo que no tienen los esclavos como consecuencia de su "baja cuna". La razón de ser de los esclavos, lo que los hacía tales, era la "bajura", lo distante que quedaba su cuna de las corrientes de la civilización.

Propuestos como antisociales a quienes había que domesticar, se elaboró un discurso a favor del sometimiento férreo, en la medida en que era la única alternativa para garantizar la estabilidad de la sociedad esclavista. Había que prepararse para defender la sociedad. El rigor era la alternativa ante la amenaza interna. El enemigo ya no estaba afuera, estaba adentro y muy cerca. Se vivía con el enemigo dentro de la casa.

El panóptico se invirtió. Los esclavos gozaban de la ventaja de la sombra en el juego de luminosidades que creaba el poder. Los amos estaban expuestos a la observación de los esclavos, que esperaban por el momento oportuno. Yrizarri se sentía observado. En ese sentido, los que se sienten amenazados por los esclavos quedan imposibilitados de manejar la invisibilidad, más aún, reproducen esa invisibilidad (todos son sospechosos) reproduciendo a su vez la relación de poder, de manera que la inevitabilidad y la sorpresa de las acciones que puedan articular los esclavos son tomadas como verdad; para confirmarlo simplemente había que esperar. Tarde o temprano se levantarían y atacarían. La

construcción de la idea del otro que legitimó el rígido sometimiento como mecanismo de contención frente a los no civilizados, ahora validaba su peligrosidad. Una vez se intentó someter la peligrosidad, pero el miedo que suscitó la revolución haitiana alumbró a un conocido enemigo que se pensaba a raya.

Un mismo argumento sirvió para dotar de validez a un discurso que se bifurcaba. Dotaba a los esclavos de rasgos importantes y singulares dentro del juego del poder que se auguraba. Son ellos los astutos, los vigilantes y los dispuestos, los que gozan de las ventajas en la relación de poder que concibió Yrizarri. Los "otros" bárbaros fueron dotados de características de individuos civilizados. Peor aun, la invisibilidad les facilitaría atacar un aparente panóptico social en el que se desenvolvían y tenía la función de vigilarlos y controlarlos; tres instancias se identifican como las vulnerables: los amos, la patria y el Estado.

El argumento de Irizarri está atravesado por un sentimiento de inseguridad, acentuado por una sensación de impotencia ante la posibilidad de que una masa de esclavos se alce. Aunque reconocían su incapacidad de dirigir con suficiente rigor a los esclavos, buscaban reservar una dosis de fuerza para situaciones de excepción. Se trata de cuestionarse si podrán aterrorizar de forma efectiva a los esclavos y mantenerlos en ese estado, de manera que el terror neutralice las posibilidades de confrontación. Tras su argumentación hubo un cuestionamiento a la capacidad del aparato colonial para hacerle frente a la esclavitud y asegurar el orden. El alcalde miraba a Haití y señalaba que, a pesar de las medidas estipuladas en el Código negro francés dirigidas a asegurar el "gobierno económico, político y moral" de la colonia, los esclavos destruyeron y violentaron la propiedad de los amos.

Pero el cuestionamiento de la capacidad del aparato colonial sería afirmado en Puerto Rico en el momento que los esclavos sobrepasaran numéricamente a los blancos. Para Yrizarri, las leyes y cédulas locales permitían el manejo y la sujeción de los esclavos, siempre y cuando las cantidades fuesen mínimas, pero el día que excediesen en proporción al resto de la sociedad, ese día sería el fin. Los negros durante el cautiverio no son inocentes; argumenta, que al contrario, son astutos y sagaces, y pacientes, esperarán a ser muchos más para entonces atacar: la cantidad los haría incontrolables. El aparato colonial cae dentro de un marco político de miedo determinado por los esclavos. Queda señalado a priori que no podría controlarlos, su capacidad no podría manejar efectivamente grandes huestes de bárbaros. En última instancia, Pedro Yrizarri se entendió débil y vulnerable. El alcalde capitalino sufrió del síndrome esclavóforo, sin estar motivado por ningún tipo de humanismo, sino atemorizado por el espectro de Haití. El sustrato de su esclavofobia era su negrofobia.

Para el alcalde, el problema de la esclavitud y la producción era casi maniqueo. Si imitaban a los colonos franceses, enriquecerían más rápidamente, Puerto Rico florecería. Pero surgen unas preguntas de riesgo, de costo social: "¿No seremos también al fin pobres miserables como ellos, y víctimas del furor insaciable de los bárbaros negros?". Se pregunta si valdría la pena todo el fasto y la riqueza que lograron amasar los habitantes del Guarico cuando los más perdieron sus vidas ante los "filos del cuchillo desolador que no perdona el estado, la inocencia, la edad, ni el sexo de las personas".¹⁹ Es esa creencia racista del furor de los negros lo que de antemano hizo victoriosa, aquí, a la luz del pensamiento de Yrizarri, una revolución que nunca surgió. Lo que sugestionó al alcalde fue un rumor hiperbolizado, con rápido transporte y asumido como verdad; convirtió en certeza la noción del acecho por

¹⁹ **Ibid.**

doquier y el miedo a una revolución de esclavos negros. Máxime, porque entendía que sus pares franceses que lograron escapar de la revolución se encontraron sin rumbo y mendigando por el mundo.²⁰

El miedo de Yrizarri se puede relacionar con un problema de números y gobernabilidad, dos factores que guardan una estrecha correlación. En cierta medida, la gobernabilidad de la colonia, entendida como el manejo efectivo, positivo, de los elementos que la componen, haciéndola productiva y, sobre todo, segura,²¹ dependerá de la cantidad de esclavos que habiten la Isla. Mientras más esclavos, menos segura y menos gobernable, aunque una mayor cantidad de esclavos significaba una mayor producción y prosperidad. Pero, también, significaba peligro y, si se miraba a Haití, ingobernabilidad y destrucción. Por supuesto que los referentes fueron la "naturaleza" de los negros y la experiencia de Saint Domingue. Para él, la sujeción efectiva de los negros estaba íntimamente ligada a la cantidad que de ellos hubiera en la Isla. Mientras existiera un balance numérico entre blancos y negros, su sumisión quedaría garantizada por la fuerza. El gobernar estribaba en establecer una correlación desigual de fuerzas, basada en el número de cada grupo "racial". Una vez el equilibrio se violara, los negros no vacilarían en intentar destruir todo y la colonia sería ingobernable. Ése era el "terrible momento" para Yrizarri, el momento que debía preverse.

El problema, según el alcalde, era que cada vez se introducían más esclavos, los que se reproducían con rapidez, lo que tarde o temprano redundaría en una mayor cantidad de

²⁰ Para un ejemplo de una emigrante francesa en Puerto Rico tras la revolución ver la carta de Madame de Caradeux Lecaye, con fecha del 6 de marzo de 1803, dirigida a Alexander Hamilton. En Arnold C. Syrett, ed., **The Papers of Alexander Hamilton**. Columbia University Press, New York, 1979, V. XXVI, pp. 89-91. En la misma se relata cómo los crueles acontecimientos de Saint Domingue provocaron que fuera imposible regresar. Para la que escribe "Saint-Domingue est entierement perdu pour cette génération, et que je n'aurai plus rien de ma fortune. Je me résigne en conséquence á vivre ignoré dans mes bois de Puerto-rico, plutot que d'aller exciter la pieté de mes amis".

²¹ Foucault, "La gubernamentalidad", pp. 9-26.

negros con respecto a los blancos. Las posibilidades de gobernar a los negros se reducían ante los ojos de Yrizarri. Una vez en mayoría, serán los negros "un rayo exterminador en los de nuestras sucesiones futuras. Y teniendo en los negros insurgentes de la isla de Santo Domingo un socorro de fuerzas, pronto, inmediato y seguro, ¿no es más fácil la empresa de una revolución dictada y dirigida por aquellos que han armado y acaudillado otra?"²² El ejemplo entra en escena nuevamente, ahora más peligroso ya que se inmiscuía respaldando a los imitadores locales.

La lectura que practica Yrizarri identifica al negro como problema, pero en dos dimensiones: una de carácter interno y la otra de tipo externo. En su imaginación espacial, o sea, donde estaban ubicados los negros geográficamente, estas dimensiones, interior-exterior, estarán relacionadas. Para el alcalde el éxito de la dimensión interna dependerá de la pujanza y, sobre todo, de la experiencia de la dimensión externa. Los "otros" externos, en el discurso de Yrizarri, juegan un papel importante, tal vez determinante en las acciones de los "otros" internos. Dos son las vías de influencia: primero, el carácter del ejemplo dado por aquéllos, el que podrían seguir los esclavos locales, y segundo, una vez hayan sido imitados, aquéllos, se piensa, no dudarán en prestar todo el apoyo, ya sea con hombres y armamentos o con lo más importante, la experiencia de los recién revolucionados. En ese sentido, aquel orden colonial que una vez asombró a todos, en el discurso de Yrizarri, dejó de ser ideal, la arquetípica colonia azucarera había dejado de ser tal. Aunque el nuevo "desorden", indudablemente, siguió asombrando y amedrentando.

Ante la constante alza demográfica de los negros y el fantasma de Haití bordeando los confines de la Isla imaginada de Yrizarri, la solución propuesta por el alcalde fue clara: importar hombres libres, jornaleros, traídos desde las Islas Canarias y del reino de Nueva

²² Ramírez, "Instrucciones al Diputado", p. 16

España.²³ Éstos, sumados a los hombres libres del país, que supuestamente no querían trabajar en los oficios de labranza, debían sustituir a los esclavos. Además, al aumentar la cantidad de mano de obra disponible, "bajaría el precio del jornal excesivo que ahora acarrea la escasez de jornaleros".²⁴ Su idea se apoyaba en el pensamiento utilitario del trabajo y en el ejemplo de otras naciones que no habían adoptado la esclavitud. El alcalde la emprende contra la tesis que indicaba que los negros estaban mejor capacitados para enfrentar las inclemencias del clima caribeño y la rudeza del trabajo en las haciendas. Apunta que nunca un europeo ha desmayado ante el trabajo; en cambio, con su sudor ha adquirido el nombre de hacendado.²⁵ Los riesgos y los temores que acarrea la esclavitud eran demasiados e Yrizarri no estaba dispuesto a correrlos.

En las Instrucciones del Cabildo de la Capital al Diputado a Cortes, don Ramón Power y Giralt, no es difícil encontrar las influencias de Yrizarri. El recuerdo de Haití prevalece en la memoria colectiva de algunos de los dirigentes de la Isla. En las instrucciones reaparece el problema de la ingobernabilidad. Señalan que, en la desgraciada Saint Domingue, "cuantos medios se tomaron [incluido el Código Negro de la nación francesa], no bastaron para contener el furor de los esclavos". Aquella gente de color produjo la "Catástrofe" que horroriza la memoria.²⁶ Más aún, ellos (las autoridades) se entienden como faltos de sensibilidad si asumen una postura indiferente y si no "se trata de cortar desde luego, el origen de aquel incalculable mal y la trascendencia que puede tener hacia esta Isla".²⁷ El miedo a no poder gobernar y contener el embate de una masa de

²³ **Ibid.**

²⁴ **Ibid.** Véase además, Morales Carrión, "La revolución haitiana y el movimiento antiesclavista en Puerto Rico", p. 212.

²⁵ Ramírez, "Instrucciones al Diputado", p. 17.

²⁶ **Ibid.**, p. 39.

²⁷ **Ibid.**

negros sublevados y cansados de estar reducidos a la esclavitud impulsa a que se exploren otras alternativas de mano de obra.

Para los gobernantes y la clase propietaria, se perdió el paradigma económico y se perdió de manera violenta. Un sentido de vacío, más bien de dislocación, de ruptura de un modelo, provocó que fueran el miedo y el pánico los que hablaran. Saint Domingue, que por años había significado el modelo idóneo, "La Colonia" que debía imitarse, el paradigma que se debía seguir, el arquetipo de lo que debía ser una verdadera colonia productiva²⁸, había cambiado de significado de forma abrupta en tan sólo algunos años. La revolución provocó una resemantización del Guarico ante los ojos coloniales que observaban. Sangre, destrucción y, sobre todo, negrería eufórica y anárquica sería el nuevo significado (que aún nos persigue), del que hubo que distanciarse. Pero ese nuevo sentido o significado deslizó hacia nuevos y supuestos significantes la acción de imitar. Fue el propio discurso colonial el que realizó las reasignaciones de los signos que propusieron al Saint Domingue revolucionario como el paradigma que debía imitarse, ya no por ellos, sino por los negros esclavos de Puerto Rico. De la mano de esta nueva valoración iban algunos de los miedos a los que he hecho referencia.

Tener o sentir miedos no ocurre en el vacío. Sin embargo, no podemos concebir los temores como una relación de continuidades nítidamente conectadas. Más bien, son la

²⁸ Pedro L. San Miguel ha señalado que Antonio Sánchez Valverde en su obra **Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía** (1785) tuvo como propósito demostrar "las posibilidades de crecimiento económico de Santo Domingo". Añade San Miguel, que practicando un ejercicio comparativo entre las dos colonias de la Isla, concluye, Sánchez Valverde, que la "diferencia entre las dos colonias estribaba en los esclavos con que contaba la colonia francesa. ...Esa era la "llave" de la que carecían los colonos de Santo Domingo. Por ello, Sánchez Valverde propone a la Corona que fomentase el comercio de esclavos hacia Santo Domingo, de manera que se pudiese desarrollar, siguiendo el ejemplo de Saint Domingue, una lucrativa economía de exportación". Pedro L. San Miguel, "La colonia imaginada: Visiones históricas sobre el Santo Domingo colonial" y "Discurso racial e identidad nacional: Haití en el imaginario dominicano", en: **La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española**. Editorial Isla Negra y Ediciones Librería La Trinitaria, San Juan\Santo Domingo, 1997, pp. 28-32 y 69-74, respectivamente. Además, del mismo autor, "Discurso racial e identidad nacional en la República Dominicana", en **Op.Cit. (Boletín del Centro de Investigaciones Históricas)**, núm. 7, 1992, pp. 79-87.

respuesta a determinadas situaciones que se retuercen y bifurcan y hacen posible que aflore un sentimiento de inseguridad que permite observar cómo los que sienten el miedo conciben, construyen o reconstruyen las imágenes de quienes los amenazan. Son, precisamente, esas imágenes (en el caso de la revolución haitiana, nefastas) a las que se les temió. Más aún, como reacción al temor pueden ocurrir resemantizaciones, cambios y reasignaciones de paradigmas. Antes de la revolución, Saint Domingue significó, para los hacendados caribeños y los gobiernos coloniales, la colonia ideal, el modelo que debía imitarse en términos de producción; era el arquetipo de una buena colonia. Luego de los sucesos revolucionarios, aquel arquetipo fue negativizado por el discurso "oficial", pero, a la misma vez, fue hecho arquetipo positivo para los esclavos negros de otras islas caribeñas. Los esclavos por fin tuvieron su propio paradigma, pero el temor de la oficialidad lo dotó de sentidos y se los propuso como modelo.

A finales del siglo XVIII la Revolución Haitiana mostró al mundo las fisuras del sistema esclavista, radicalizándolas y convirtiéndolas en rupturas. La próspera colonia francesa quedó reducida a cenizas, pasó de ser la mayor suplidora de azúcar del mundo, la "colonia ejemplo" y envidiada, a la ex-colonia de la que había que protegerse y, sobre todo, de la cual aprender. Pero, aprender para que no pasara lo mismo, para que los esclavos no se sublevaran. ¿Qué hacer, ante un nuevo foco de peligro, "vivo y real", que había aparecido y entrado en escena en el Caribe? Por un lado, había que decidir ¿qué hacer? para mantener alejados los peligros que simbolizaba Haití y los negros que allí habitaban y, por otro, había que decidir ¿qué hacer? para capitalizar la oportunidad económica que surgió por el vacío dejado por Haití, afrontando la menor cantidad de riesgos posible. La cercanía geográfica y la porosidad de las fronteras insulares permitieron que se asumiera como verdad la

existencia de emisarios haitianos que llegaban a Puerto Rico a revolucionar las esclavitudes. El recuerdo y el temor a un nuevo Haití corrompieron las memorias de los que se pensaron amenazados.

No es posible concebir los miedos como continuidades, sino que éstos son condicionados por situaciones determinadas. Dentro de esa discontinuidad causal de los temores en el tiempo histórico que estudio se evidencia cierta continuidad. La misma se refleja en, por lo menos, dos aspectos. Primero, es recurrente el sentimiento de vulnerabilidad que se manifiesta ante la imposibilidad de defenderse satisfactoriamente de cualquier enemigo. Por supuesto que cada instancia histórica muestra sus propias características, y la vulnerabilidad queda expuesta por factores distintos. No obstante, ese sentirse vulnerable, atacable, acechado, el asumirse débil o imposibilitado, fue constante. Esto provocó que al enemigo imaginado de antemano se le adjudicara la victoria o al menos la posibilidad de lograrla. Segundo, fue continuo el problema de garantizar la seguridad. Lo que expuso la debilidad e incapacidad del Estado para atender las necesidades de todo el territorio que pretendió gobernar. En última instancia, se trató de un problema de gobernabilidad y de no confiar en la capacidad del Estado para gobernar efectivamente en situaciones de excepción.

Los movimientos de los miedos, tanto de quienes los infunden como de quienes los asumen, fueron mantenidos por una especie de retroalimentación de miedos que reproduce la relación de temor. El miedo es contrarrestado por el que ocupa un lugar de privilegio y se siente amenazado. Estos despiden mayores dosis del mismo sobre quienes le atemorizan. Aunque la lectura que hagan los que padecen miedos será particular, cada cual asumirá los miedos de manera singular, los reproducirá, creará sus propias imágenes de quién o qué los

atemoriza y los resistirá a conveniencia. Cambios de sentido ocurren a partir de la imaginación de los miedos, para mostrarnos que las cosas, las personas y los lugares no tienen significados fijos, aunque sea más cómodo pensar lo contrario.²⁹

²⁹ Sobre la “comodidad” de la dureza y lo fijo ver Zygmunt Bauman, **Modernidad líquida**, Fondo de cultura económica, México, 2003.